

«Desde un punto de vista estrictamente antropológico y hasta que no se hayan hecho estudios monográficos serios, no hay posibilidades de saber qué es lo que hay de específico en Aragón, qué es lo específicamente aragonés. Cantar las excelencias y hacer, pues, metafísica de lo aragonés, no tiene ningún

sentido». Carmelo Lisón Tolosana, puntal indiscutible de la antropología española y «aragonés en el exilio» —¿por cuánto tiempo?— habla pausada, casi metodológicamente, en la dilatada conversación que mantenemos en el recogido patio de su casa natal de La Puebla de Alfindén.

Prof. Lisón Tolosana

## ¿Existe antropológicamente Aragón?

Es una plomiza mañana de este verano de culo inquieto. El hombre que quizá más sabe de antropología en este país —no por nada es vicedecano en la Facultad Complutense de Políticas y Sociología—, habla, prácticamente, con el mismo rigor científico que es ley en su profesión. Da la impresión de que quedan permanentes en el aire muchas cosas que quisieran ser dichas, ser intuitivas o, incluso, aventuradas. Pero la especulación no parece tener vela en este entierro. Si hay patata, hay mata. Pero, ¿y al revés?

### La antropología española en sus comienzos

—Vayamos primero al antropólogo-hombre.

—Bien, nací aquí, en La Puebla de Alfindén, en 1929. Luego estudié con los Dominicos en Zaragoza y allí hice Filosofía y Letras. La tesis fin de carrera la realicé sobre Chiprana, un pequeño pueblo próximo a Caspe y, casi con seguridad, fue la primera tesina que se hacía en Zaragoza sobre un tema de antropología. Luego estudié en el University College, de Londres, donde, por cierto, descubrí y copié un interesante manuscrito —en el British Museum— escrito por un aragonés llamado Adriano de las Cortes, jesuita nacido en Tauste y que puede ser considerado como uno de los primeros testimonios directos de la vida en China allá por principios del siglo XVII. Más tarde estudié en Oxford, donde obtuve el diploma en antropología social y, después, el doctorado, precisamente con un estudio de este pueblo, La Puebla, aunque con el nombre imaginario de «Belmonte de los Caballeros». Luego me dediqué a la enseñanza de antropología en Sussex (Inglaterra) y Campinas (Sao Paulo) para, de vuelta a España, realizar, durante dos años, trabajo de campo en Galicia. Poco más tarde trabajé en el Instituto de la Opinión Pública, hasta llegar a la Dirección del Departamento de Antropología Social de la Complutense.

—Nadie mejor que tú, pues, para decirnos a qué nivel se encuentra actualmente la Antropología española.

—Yo creo que estamos comenzando. Lo cual, por otra parte, no deja de ser curioso, toda vez que, a través de la His-

toria, los españoles hemos sido pioneros en una disciplina tan importante como la Etnografía. No hay que olvidar tampoco que es precisamente en la Institución Libre de Enseñanza donde se habla por primera vez en el mundo de Antropología Social. Somos, pues, pioneros en el nombre de esta disciplina. El mismo Costa, sin ir más lejos, fue uno de los primeros que escribió, y mucho, sobre temas de antropología social. Y todo ello, claro está, desde una perspectiva mucho más fértil que la folklórica. O, al menos, de la forma en que se ha venido estudiando el folklore entre nosotros, es decir, desvinculado del medio socio-cultural que lo crea y mantiene.

—¿Cómo hemos podido pasar, pues, de pioneros a aprendices?

—Las causas son numerosas y bastante complejas y, desde luego, no exclusivamente políticas. Tanto la Etnografía de los siglos XVI y XVII como la incipiente Antropología social de finales del siglo pasado se desarrollaron y florecieron al margen de la Universidad, lo que no deja de ser significativo. La institucionalización de la disciplina ha encontrado fuertes obstáculos; una de las causas, bastante desconocida, ha sido el tutelaje interesado y la madrastrería que hemos sufrido de la Arqueología. Otra es la política de expansión y colonización, también interesada, en los claustros universitarios que impide la creación de nuevas disciplinas no sometidas a Departamentos ya existentes, las fuerzas en juego en puntos clave, etc. Como resultado, bajo el nombre de Antropología se enseña hoy en nuestras aulas universitarias Psiquiatría, Psicoanálisis, Filosofía y Arqueología.

### Todo por hacer

—¿No hay causas políticas, pues?

—La política ha podido influir en la Antropología de la misma manera que ha podido influir en las demás ciencias sociales. Por su carácter concreto, sin embargo, lo normal era que se pensase por nuestras antiguas autoridades que éramos todos marxistas.

—¿Y no es así?

—Ciertamente que tanto dentro como fuera de España hay antropólogos que se adjetivan marxistas. Si por marxista se

entiende la postura de que la superestructura —lo específicamente cultural en este caso— viene siempre determinada por la infraestructura, los antropólogos marxistas que yo conozco son poquísimos. Si, por otra parte, se quiere decir que en Antropología las condiciones materiales de vida tienen siempre prioridad lógica en la investigación, creo que habrá poquísimos que no lo sean.

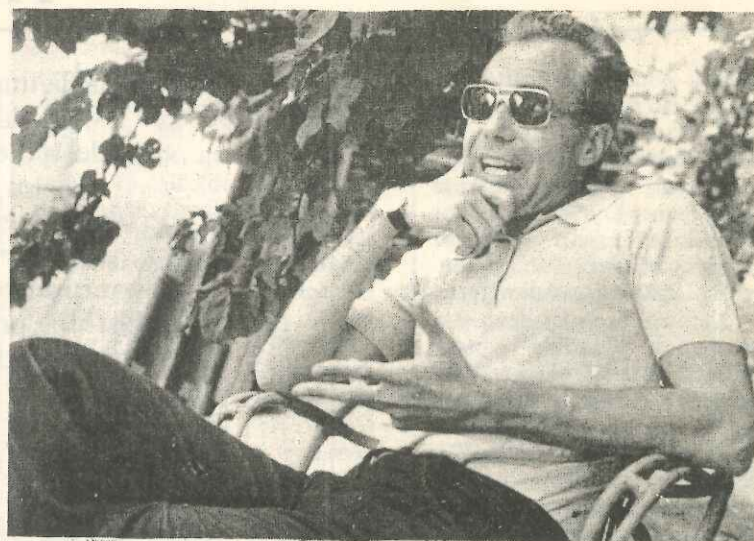
—Trasladándonos al terreno concreto de Aragón, ¿cómo ves el panorama?

—No me explico por qué en la Universidad de Zaragoza no está formalmente institucionalizada la Antropología social. Debería estarlo. Tampoco entiendo por qué no se ha duplicado en Zaragoza la Facultad de Políticas y Sociología que sólo existe en Madrid, y digo esto porque hace algunos años se pensó en esta posibilidad. Esta sería la forma, primero, de introducir la Antropología como especialidad y, segundo, de poder realizar investigaciones monográficas sobre las áreas culturales aragonesas. Creo que la iniciativa debe partir de aquí; las Facultades rara vez se regalan. Pero me temo que la réplica de la Facultad en que enseño termine en Barcelona.

### La aragonesidad

—Estamos hablando de Aragón, pero ¿existe “antropológicamente” Aragón?

—Desde un punto de vista estrictamente antropológico y hasta que no se hayan hecho estudios monográficos serios, no hay posibilidad de saber qué es lo que hay de específico en Aragón, qué es lo específicamente aragonés. Cantar las excelencias y hacer metafísica de lo aragonés no tiene ningún sentido —suponiendo, claro está, que lo haya—. Está fuera de toda duda que han existido y producen toda una serie de formas comarcales consuetudinarias, parajurídicas, de instituciones políticas y asociaciones, de formas de propiedad, sistemas de familia y modos de herencia, valores y rituales con características especiales. Aquí, por ejemplo, se pueden escuchar en un solo día no menos de trescientas palabras que no vienen en el diccionario de la Real Academia Española. Contamos, por otro lado, con una historia —que en ciertos momentos y aspectos desborda lo que es hoy Aragón— realmente exclusiva, con un medio geo-



Jacinto Ramos

gráfico concreto y con símbolos regionales bien conocidos. Pero en Aragón, como en toda región española, podemos observar gran diversidad de áreas y subáreas culturales sin que, por el momento al menos, podamos detectar elementos culturales comunes a todas ellas y exclusivas de la región. Por otra parte, lo aragonés, aun en la hipótesis de que existe, nunca sería algo absolutamente estable y perenne en el tiempo, sino que como toda creación cultural evolucionaría; lo importante, por consiguiente, sería analizar cómo y por qué unas configuraciones culturales se metamorfosean en otras. Por último, lo aragonés podría interpretarse, y esta es la perspectiva antropológica que puede con el tiempo validar su existencia, como una ideología, como un conjunto de sentimientos, actitudes y valores ante el pasado e ideales y misión ante el futuro de la mayoría de las gentes que viven o han nacido dentro de los límites de la región. Ideología y visión que me parecen muy débiles todavía.

—¿Cómo interpretar, pues, el resurgir del sentimiento regional?

—Ese es, precisamente, uno de los aspectos más interesantes a estudiar en estos momentos: el nacimiento de la aragonesidad. Pero, ¿cómo interpretar ese sentimiento regionalista? Parece claro que es en épocas de crisis (en sentido antropológico) cuando surge y se demuestra la solidaridad regional. La guerra de la Independencia es un claro ejemplo de ello. Luego hay fenómenos que están aún por estudiar, como puede ser, sencillamente, el Pilar. Está claro que ahora estamos en un momento de crisis de los que hablamos. Y, por tanto, de renacimiento de la solidaridad regional por causas bien concretas. Ahí está, sin ir más lejos, el reciente triunfo electoral, casi sin paralelismos, del Partido Socialista de Aragón. El mismo ANDALAN es un claro ejemplo de este resurgir y de que se pueden hacer cosas cuando se tiene interés. Yo mismo lo estoy demostrando al responder a estas preguntas, ya que por principio me resisto; la razón de que yo esté hablando contigo es regional; la tierra vincula.

### Todo por hacer

—Bien, pero al hablar de Aragón tendremos que hablar

de dos regiones: el Aragón rural y el urbano. ¿No crees que el segundo se está “comiendo” al primero?

—Estamos, evidentemente, en un proceso de urbanización a escala mundial, en un proceso de universalización. Pero sucede que, al mismo tiempo que se va hacia un Mercado Común —con la consiguiente pérdida de la independencia—, lo local, lo tradicional, sale a flote con más fuerza que nunca. Como contrapartida quizá a lo homogeneizante, a lo universalizante, surge con fuerza lo tradicional, lo local: las fiestas, los dances, las raíces de la autoridad, las banderas, las formas comunales propias. En las grandes urbes, como Madrid, los barrios está rehaciendo sus fórmulas culturales pueblerinas. En Aragón parece claro que dadas las circunstancias sobra gente en los campos y lo triste es que muchos se hayan tenido que desplazar porque no había condiciones de vida en los pueblos. Para nosotros, los antropólogos, con ellos desaparecen formas de vida, retazos de humanidad, y, por lo tanto, hay un progresivo empobrecimiento antropológico. Es lógico que el hombre busque lo mejor para él y los suyos.

—¿Por dónde habría que empezar para un conocimiento claro de lo que es Aragón?

—Lógicamente, por numerosos estudios monográficos serios por áreas y subáreas. A este respecto, creo que lo que sí presenta aquí una clara entidad es la comarca natural. La comarca tiene para la Antropología una enorme importancia. Pero en definitiva es el hombre, sus formas de vida en simbiosis con el medio y la interpretación que de los hechos hace, lo realmente importante para el antropólogo. Y eso, queramos o no verlo, está aún por hacer.

No hay más cera que la que arde. Estamos ante un antropólogo fiel a su disciplina y no ante un político fiel a la suya. A uno se le hace un agujerico en el corazón al oír que antropológicamente aún no se sabe si existimos. Es la hora en punto del mediodía y me consuelo pensando, no sé si antropológicamente, que, aunque sea jabón, sabe a jabón pero es queso. Con permiso, claro está, del querido profesor.

José Ramón MARCELLO